

EL ÚLTIMO JUEGO

Mabel Marín Ureña

0.1

Todo quedó en silencio. Árboles, hojas, viento. Todo se detuvo. Un jalón de tiempo. Mucha luz, luego nada. Completo vacío. Un hoyo negro se come mis entrañas, con diminutas garras busca un túnel que no existe. No hay aire. El cielo se ha caído a pedazos. Uno me ha golpeado la cabeza. Quedo de rodillas. Siguen cayendo. Me golpean. Los veo desprenderse uno a uno y desaparecer en el negro de dos ojos, mis ojos. No hay pestañas. No hay párpados. No hay piel. No hay carne. No hay huesos. No hay nada. Algo ha penetrado en mí. Me quiebro. No es dolor, es desgarró. El dolor desprendiendo pedazos del alma. Mi ser. Todo vuelto nada. Silencio. Oscuridad. Vacío. Ahogo. No quiero ver. Quiero cerrar mis ojos. No puedo. El roce de su ausencia expande mis pupilas. Más. Más. Tocan los bordes. Quieren escapar. Explotar. Respirar. Desaparecer. Quiero desaparecer. Tiemblo. Me cuesta no hacerlo. Mi alma se contrae una y otra vez, como choques de color azul plateado. Me he tragado el humo blanco, el ruido, el espacio, la música que llega al final. Me estoy perdiendo. Empapado de impotencia. Con los puños cerrados. Las uñas clavadas en mitad de una mano vacía, penetrando en lo que sostendrá una flor negra con raíces de sangre que bajan por la piel como si no quisieran volver a entrar. Vacía, que secará el agua salada de la cara vacía que tamará la imagen inevitable, cualquiera que sea. Las cosas parecen no moverse. Alguien me llama. Lejos. Mi nombre. De qué sirve ahora mi nombre. Ondas que no descifro. Mi nombre llega como una de esas brisas que nunca llegan. No quiero oír. No puedo. Mis oídos explotaron. Ni siquiera el zumbido de la nada llega. Bloqueado total. Blanco. Rayas blancas. Cruzadas. Como fantasmas. Pasan lento, flotan, muy lento. No son reales. Son espectros. No existen. Yo sí. Alguien me llama. No puedo oír. Que más da. Permanezco ahí, quieto. Me quedé ahí. Esperando que los mocos cayeran sobre la tierra seca. Esperando que un sorbo de aire me despertara. Que un parpadeo me mintiera. El frente. Mi frente. Con toda mi piel erizada y el ardor que me robó la infancia. Mi pecho se está desintegrando. Desde entonces no puedo respirar.

1

Una plaza. Un joven y un niño descansan agotados después de una mejenga. Marco y Coco.

Marco: ¡Capitán de un barco! ¡De un barco!

Coco: ¿Por qué? ¿Qué tiene?

Marco: ¿Usted sabe de qué tamaño es un barco?

Coco: Es grande, como todas las casas del pueblo juntas. Comen fuego y se van corriendo y bufando.

La cara de Coco se nubla por un momento.

Coco: Una vez vi uno.

Marco: Imagínese como se vería usted en el timón de semejante monstruo.

Coco: No tiene que ser tan grande, con que pueda flotar me basta.

Marco: Entonces no tiene gracia. Lo chiva sería tener un barco tan grande que uno se sienta el rey del mundo, con un montón de marineros trabajando. Pasearse por la cubierta y que la gente lo salude a uno y en la noche comer un banquete casi del tamaño del barco. Eso sí sería chiva. Pero para ser capitán de una balsa mejor no ser nada.

Coco: Una balsa... pero mía. Lo demás uno lo imagina.

Marco: Claro... pero es un poco difícil saborear la comida imaginaria. Digo, si no yo pasaría todo día con los ojos cerrados comiendo pollo, pizza, hamburguesas, tacos, picaritas, helado de...

Coco: ¡Es sólo una idea!

Marco: Hasta comería sushi. Eso sí debe ser raro.

Coco guarda silencio.

Marco: ¿Por qué pone esa cara?

Coco: No estoy poniendo ninguna cara.

Marco: Claro que sí. Coco, estoy vacilando, usted sabe que no lo digo en serio.

Coco: Está bien.

Marco: Coquito, usted puede ser capitán de lo que quiera. Yo hasta podría ser uno de sus marineros.

Coco: Ya. No le de más vueltas.

Silencio.

Marco: ¿Qué está pensando?

Coco: Nada.

Marco: ¿Entonces?

Coco: ¿Qué hora es?

Marco: No sé... como las cinco. Deberíamos ir jalando. Mi mamá me está esperando porque hoy me toca llevar la imagen del Corazón de Jesús donde los Marín, y eso no me lo pierdo por nada.

Coco: ¿Y ya repuso la plata?

Marco: No, todavía nada. Pero llevo la cuenta bien clara. Le he sacado a la alcancía tres mil seiscientos veinticinco colones.

Coco: ¿Tanto? ¿Y piensa seguir?

Marco: Es que sigo necesitando y el Corazón de Jesús me sigue dando. Es una señal. Si él no diera su voluntad yo no podría sacar las monedas por la rendija.

Coco: Un día lo van a pescar.

Marco: No. Un día mi tía me va a dar un billete grande y voy a poder pagar toda mi deuda. Pero mientras llega ese día, tengo que seguir llevando la imagen para aprovechar de sacarle una que otra monedita.

Coco: Bueno, usted sabrá.

Silencio.

Marco: Coco. ¡Coco! ¿Qué le pasa?

Coco: No sé. Todo el día me he sentido raro.

Marco: ¿Enfermo?

Coco: No, como con un hueco en el estómago.

Marco: Eso no es raro, a mi también me pasa. Se llama hambre.

Coco: No, no es hambre. Talvez fue porque me acordé de Mimí.

Marco: ¿Y eso por qué?

Coco: Hoy vi un perro igualito. Y me acordé de que yo no le hacía mucho caso, como que me había acostumbrado a que siempre estaba ahí. Le daba comida en la noche y le hacía cariño sólo cuando podía o cuando me acordaba. Pero cuando me brincaba para jugar no le daba pelota, a veces sí, pero la mayoría de las veces no. Me había acostumbrado demasiado a ella. Nunca pensé que un día podía no estar. Y en tardes como ésta siento que me sobra el tiempo, pero a la vez, cuando pienso en Mimí, siento que más bien no tengo tiempo.

Silencio.

Marco mira fijamente a Coco.

Coco ha quedado con la mirada pérdida.

Marco: No entiendo, ¿tiempo para qué? ¿Y qué tiene que ver eso con...? ¡Uy, vea ese comemaíz! Está apenas para darle. Déme la flecha.

Coco: No. Déjelo.

Marco: ¡Démela!

Coco: ¡Qué no! ¿A usted le gustaría que lo agarraran a pedradas?

Marco: A mí siempre me agarran pedradas, chilillazos, fajazos, de todo, y nunca me quejo. Además, es sólo un pájaro.

Coco: Usted no se queja, pero le duele, no lo niegue. A él también le duele.

Marco: No, si lo pego bien ni se va a dar cuenta.

Coco: ¿Usted ha agarrado un pájaro con las manos?

Marco: Claro.

Coco: Tiemblan de miedo, ¿verdad?

El comemaíz se va.

Marco: ¡Shh! Ve, por no dármela rápido.

Coco: Me aleg...

Marco: Sí, sí, ya.

Coco: Más bien le hice un favor. Todas las cosas que uno hace, buenas o malas, en algún momento se le devuelven.

Marco: Karma.

Coco: ¿Qué?

Marco: Karma, niño, se llama karma. Pero no creo en eso.

Coco: ¿No?

Marco: No.

Coco se sonríe. Se ríe.

Marco: ¿Cuál es el chiste?

Coco: Todavía no lo he contado. Pero lo estoy pensando.

Marco: Mae, Coco, yo no sé en qué viaje se monta usted. Pero cuando empieza con esas pataletas termina diciendo que Doña Tortuga le habló y no sé qué cuánto. Mejor llévela del cuello.

Coco: Doña Modorra sabe muchas cosas.

Marco se carcajea fuertemente.

Marco: Ya, vamos, es tarde. También tengo que pasar a La Vencedora a comprarle unas cosas a mi mamá.

Coco: No es tan tarde. Dijo que eran como las cinco, ¿no?

Marco: Supongo.

Coco: ¿Por qué piensa que me vería ridículo como capitán de un barco?

Marco: Yo no dije eso.

Coco: Lo insinuó.

Marco solo sonrío.

Coco: Dígame, ¿por qué piensa eso?

Silencio nuevamente.

Coco: ¡Dígame!

Marco: ¡Ay, Coco! Sólo me pareció gracioso. Vamos ya.

Coco: Sí, ya vamos, ¿pero por qué?

Marco: Porque es tarde y recuerde que estoy castigado y tengo esos mandados que hacer.

Coco: No, ¿por qué le pareció gracioso?

Marco: Porque... usted es muy pequeño para entenderlo.

Coco: ¿Porque es casi imposible que llegue a ser capitán de un barco? Eso ya lo sé.

Silencio.

Marco: ¿Sabe, Coco? Yo una vez vi el mar.

Coco: ¿En serio?

Marco: Sí. Yo tenía una idea más o menos clara de cómo era, por los libros que había leído y por las pinturas, y porque la gente siempre me decía que es tan grande que la mirada no llega hasta donde termina.

Coco: Sí, es grandísimo y brilla. Es raro. Uno siempre piensa que puede ver más, pero en realidad es como... no sé... como una línea, pero como una línea que nunca termina.

Marco: Yo estaba bastante lejos cuando ya podía sentir el viento, la humedad y la sal. Yo no conocía esos olores. Y cuando vi las olas y la espuma en la playa, no lo

podía creer. ¡Ahí estaba el mar, tan cerca, con sus monstruos, sus islas de coral y sus perlas escondidas! ¡El mar de los piratas de Salgari!

Coco: ¿Cuáles piratas?

Marco: Nada, no importa. El caso es que me pasé todo el día viendo el mar, bañándome a cada rato, corriendo por la playa detrás de los cangrejillos, y viendo ese montón de pájaros raros que se dejan caer encima de las olas buscando peces. Pero lo mejor fue el atardecer. Fue una cosa inolvidable. En el horizonte el sol se veía inmenso, como una bola de fuego... Me sentí tan envidioso de los niños que vivían ahí. Usted tuvo mucha suerte de nacer frente al mar, Coco.

Silencio.

Marco: Siempre he tenido ganas de volver.

Coco: Tal vez podamos volver juntos.

Marco sonrío nuevamente.

Marco: ¡Y en la arena podríamos jugar bola como bestias todo el día!

Coco: Usted no aguantaría una mejenga bajo el sol del medio día.

Ahora Marco ríe.

Marco: Todavía subestimas mi poder.

Coco ríe también.

Marco: Un sol tan pequeño no puede contra esta piel de dinosaurio.

Coco: ¿Piel de dinosaurio?

Marco: Claro, de tanto golpe ya tengo callos en toda la piel. Usted no se da cuenta de esas cosas porque es un simple mortal de mente pequeña.

Coco estalla de risa.

Coco: ¿Cuándo me va a enseñar a ser así?

Marco: Cuando crezcas, pequeño saltamontes.

Coco continua riéndose.

Coco: ¿Sabe...?

Coco lo mira un momento, Marco espera.

Marco: ¿Qué?

Coco: No, nada. ¿Usted qué quiere ser cuando sea grande?

Marco: Nada.

Coco: ¿Cómo nada? Tiene que querer ser...

Marco: ¡Ya le dije que nada! Yo soy lo que soy, no quiero ser más que eso.

Coco: Todos queremos ser algo más de lo que somos. Ya, dígame, ¿qué quiere ser cuando sea grande?

Marco: Yo ya soy grande.

Coco: ¿Y es lo que quiere ser?

Marco: No sé.

Coco no entiende.

Marco: Coco, ¿si usted pudiera volver lo haría?

Coco: A veces creo que sí y otras veces que no.

Marco: ¿Hoy?

Coco: No. Hoy no.

Marco: ¿Mañana?

Coco: No sé, todavía no es mañana.

Marco: Imagínese.

Coco: Ya usted me explicó porque no sirve de nada imaginarse las cosas. Si le contesto sería como mentir.

Marco: ¿Ayer?

Silencio.

Coco: Ayer en la noche sí. En un momento creí oír el barco que llegaba. Abrí la ventana como si fuera a verlo. Me pareció sentir el murmullo de la gente, pero era sólo el viento. Entonces sí quise. Quise sentir el olor, el viento, el calor, la sed... Y me quedé en la ventana imaginando. Extrañé mucho, todo. Y después me dormí. Pensé que iba a soñar con el barco, pero no, sólo dormí.

Marco: ¿El barco del que quiere ser capitán?

Coco: No. El barco que una vez vi.

Marco: ¿No es el mismo?

Coco: No, es diferente.

Marco: ¿Y ése cómo era?

Coco: No sé cómo describirlo, era grande, lindo. Yo nunca había visto algo así. Daban ganas de sentarse a verlo todo el día.

Marco: Eso dice Juana.

Coco: ¿Cuál Juana?

Marco: La viejilla loca, la que siempre anda en la calle, haciendo quién sabe qué. Y lo agarra a uno a besos apenas lo ve.

Coco: Ah... sí.

Marco: Ella dice que una vez se montó en un barco que era igualito al Titanic.

Coco: ¿Qué es un Titanic?

Marco: No sé, creo que salía en una fábula o en una película. No sé, pero la vara es que era muy tuanis. Y ella dice que se montó y que conoció a un gringo guapísimo, pero como descubrió que no tenía mucha plata, se lo... bueno, habló con él una noche y después lo dejó. Pero Juana jura que tiene un cuadro en el que él la pintó... chinga.

Coco se tapa la boca para contener la risa. Marco se ríe también.

Marco: ¡Sí, chinga!

Coco continua riéndose. Luego queda un momento ensimismado.

Marco: Lato dice que son puras loqueras y siempre termina echándola de la pulpería. Bueno, ¿y?

Coco: ¿Y qué?

Marco: ¿Y que pasó con su barco?

Coco: Nada.

Silencio.

Coco: Ahora sólo me acuerdo y me da como... siento como...

Marco: ¿Nostalgia?

Coco: Sí, eso es, creo. Pero no sé bien qué significa esa palabra.

Marco: Es como cuando algo nos recuerda una especie de felicidad que ya no tenemos y que extrañamos. Juana siempre la usa cuando habla de su famoso barco.

Coco: Ah, entonces sí, es eso...

Silencio.

Coco: El barco me recuerda a ella.

Marco: ¿A Juana?

Coco: ¡No!, a ella, a la niña que venía en el barco. Era linda, como un lirio de agua. Suave y rosa, con ojos celestes como rodajas de cielo y un puñado de rizos de sol y miel. Blanca, muy blanca. ¿Cómo alguien puede ser tan blanca? Nunca voy a olvidar ese momento. Ella me hablaba y me tocaba, y yo estaba como en otro mundo. Y entre la vergüenza y las ganas de desaparecer o de tirarme al agua, terminé corriendo como un tonto.

Marco lo escucha.

Coco: Pero se fue y no tuve tiempo ni de despedirme.

Marco: ¿Por qué?

Coco: Por idiota. Andaba buscándole algo, un regalo que ella quería. Pasé imaginándome la cara que iba a poner, cómo le iban a brillar los ojos cuando me viera llegar. Y cuando volví ya no estaba. Ni ella, ni el barco, ni la rosa.

Marco: ¿Qué rosa?

Coco: Las niñas y las flores son iguales... Siempre sueño que la volveré a ver algún día.

Marco: Puede ser. La vida da muchas vueltas. Y si no, uno se acostumbra. Yo me acostumbre a vivir sin Pintao. Ese pollo tuerto era mi mejor amigo, pasaba todas mis horas negras de castigo hablando con él. Hasta que un día, cuando llegué a la casa después de la escuela, mi mamá me recibió toda preocupada y amorosa. Fui a la pila a lavarme las manos todo extrañado cuando veo un canasto medio escondido y lleno de plumas. Salí corriendo al patio y no estaba mi pollo. Volví corriendo a preguntarle a mi mamá cuando veo un bulto envuelto en un trapo y guindando de un mecate en un rincón de la cocina. Sin pensarlo dos veces le quite el trapo. No aguanté y me puse a llorar. Ahí, desplumado y decapitado, estaba mi querido gallito tuerto.

Coco: ¿Y por qué hicieron eso?

Marco: Mi mamá me dijo que no tenía nada para hacer de comer y que no le quedó de otra. Yo me fui a la calle y volví muy tarde para no tener que ver como se lo comían... Pero vea, ahora ya ni pienso en eso. El tiempo todo lo cura.

Coco: Sí... talvez.

Marco: ¿Y qué era lo de la rosa?

Coco sonríe.

Marco: ¿Qué rosa era?

Coco: Una rosa... una rosa mágica.

Marco: ¿Sabe qué? Si yo pudiera, si tuviera algún tipo de poder especial, que no dudo que lo tenga, sólo que aún no lo sé usar, haría algo para que fuéramos al mar y ese barco con esa niña volvieran. Por lo menos para que pueda despedirse como corresponde, como todo un hombre.

Coco: Y así de paso vuelve a ver el mar.

Marco: ¡Exacto! “Ahora nuestras mentes empiezan a funcionar como una sola”. Ahora sí, jardinero, cuénteme bien lo de la rosa.

Coco: ¿Va seguir?

Marco: Vea.

Coco: ¿Qué?

Marco: Allá, bajando.

A lo lejos se distinguen dos figuras.

0.2

No puedo dormir. No me gusta soñar. No me gusta despertar. No me gusta la luz. No me gusta sentir mis poros despiertos. No me gusta nada. Cada día es más cansado. Cada día dura más. Cada día es más vacío. Un desperdicio de todo. Los segundos están atascados. Desparramos de inutilidad, de sin sentido, de espesa vagancia. Mi pelo crece sin cesar. Se me mete en los ojos. Mis uñas no están. Las paredes me las han arrancado. Tengo la piel seca, la garganta agrietada, la nariz rota, el cuerpo tieso, el pellejo grasoso está adherido a mí. No puedo respirar. Sudo gotas de ausencia. Todo negro. Todo blanco. Saliva. Se pega en mi cuerpo. Quiero llorar. No puedo. Las lágrimas se me han acabado. Tiemblo. Todo yo. Quiero correr. Estrellarme. Este maldito cuerpo no me deja morir. Se aferra. Es un completo desperdicio. Nunca golpeo lo suficientemente fuerte. Siempre en el último momento siento miedo, miedo a lastimarme. El colmo de lo absurdo. Pienso: “Mi cuerpo no existe. Mi mente tampoco. Y eso que no es cuerpo ni mente tampoco existe, se disolvió después de que el cuerpo colapsó y la mente decidió

no funcionar más”. Pero no. Siguen ahí. Dos. Uno. No. El último. Nunca lo logro. Soy una mierda. Una completa mierda. Odio la ventana. Distante, ajena, mala. Cuando miro por ella me confundo. Afuera, lejos, las personas son muy parecidas entre sí. Huelo el vidrio con mi aliento y todos los días por un momento... creo que está ahí. No me ve. Sigue. Habla. Se voltea. No me ve. Grito. Grito. Grito. Grito. Grito. Grito. Grito. Grito. Grito. Grito. Grito. Grito. Hasta que alguien llega y lo de siempre. Todo queda negro. No quiero dormir. No quiero dormir. No quiero. ¡No! No me oye. No le importa. La gente se va moviendo en sus cosas, con sus gestos normales. Yo parpadeo lentamente, como un perro esperando la tarde y de pronto un movimiento en particular llama mi atención. Ya no parpadeo. Mis ojos se abren y quedo pegado. Estoy seguro. Está ahí, entre los demás. Trato de concentrarme y no perderlo de vista para asegurarme y estoy seguro. Color. Ropa. Risa. Incluso ojos. Todo... y nada... Cubrí la ventana. A veces pienso que no existe. Tengo frío. Voy a vomitar.

2

Llegan Javier y Carlitos.

Javier: ¿Qué hacen?

Marco: Nada que le interese.

Coco: Estábamos jugando bola.

Javier: Eso pensé.

Marco: ¡Entonces para qué pregunta!

Javier mira con complicidad a Carlitos y esboza una ligera sonrisa.

Javier: Para estar seguro de qué no le voy a mentir a Don Eladio.

Marco: ¿Qué tiene usted que andar hablando con ese viejo?

Carlitos: El fue el que nos buscó y preguntó por usted.

Marco: Con usted no estoy hablando, enano.

Javier: ¡Hey! El enano no anda solo.

Marco: Entonces hable usted y nada de cuentos.

Javier: Usted tenía que estar cuidando las vacas.

Carlitos: Pero está aquí jugando bola.

Marco: Ese no es su problema. Y ya le dije que mejor no abra la boca.

Coco: Marco, Don Eladio debe estar bravísimo, vamos a buscarlo.

Javier: Yo tengo que decirle la verdad a Don Eladio.

Coco: No, no tiene.

Carlitos: Sí, sí tiene.

Javier: Sin embargo, yo creo que podríamos llegar a un acuerdo.

Marco guarda silencio muy seriamente.

Javier: Un reto. Dos contra dos. Con las canchas pequeñas. Si usted y Coco ganan, yo cierro el pico. Pero si Carlitos y yo ganamos, lo siento.

Marco: ¿Qué?

Javier: Ya me oyó.

Marco suelta una risa burlona.

Marco: ¿Usted cree que yo necesito de esta estupidez para salir de este problemilla? Qué pena me da, Javier, qué pena.

Javier: ¿Tiene miedo?

Marco: No. Justamente por eso no le acepto el reto. Porque tengo otras formas de evitar que el cuento le llegue a Don Eladio.

Coco: Además, yo ya estoy cansado. No sería justo.

Javier: ¿Ah, sí? ¿Y qué se le ocurre?

Marco: Ni tonto que fuera para decírselo. Nada más espéreselo.

Carlitos: Sea lo que sea, no le va a funcionar.

Marco: Bueno, ¿quiénes son los que tiene miedo ahora?

Javier: ¡Ja! Es un partido, Marco. De quince y quince. Y se decide todo. No tiene que ir a planear venganzas oscuras.

Marco lo piensa un momento.

Marco: No. Además le prometí a mi mamá que hoy iba a llegar temprano. Y no la pienso defraudar.

Coco: Y yo tengo hambre. Mamá me dijo que hoy había garbanzos para comer. No quiero llegar tarde.

Coco le habla bajito a Marco.

Coco: Mejor vamos, estos están medios raros.

Javier: Marco, no sea tonto, es media hora. Ni siquiera va a ser de noche cuando terminemos.

Marco: ¡Dije que no!

Javier: Mae...

Marco: ¡Que No! ¿Usted tiene problemas en los oídos? ¿Ah?

Javier mira fijamente a Marco. Luego mira disimuladamente a Carlitos y también a Coco.

Coco: Ya, no es para tanto. No se pudo. En otra será.

Carlitos le habla bajito a Javier y mira a Coco insistentemente.

Carlitos: ¿Qué vamos a...?

Javier: Marco, no me deja otra opción que decirle a Don...

Marco: ¡No me interesa!

Silencio.

Marco: Es más, ¿sabe qué? Ya lo decidí. Voy a llegar primero donde Don Eladio y con mi mejor excusa. Cuando usted llegue no le va a creer nada. Chao. ¡Corra, Coco!

Javier: ¡No!

En un movimiento casi intuitivo, Javier recoge la bola del suelo antes que Marco y la lanza a un cafetal cercano. Todos quedan paralizados.

Javier: ¡Ahora sí! Vamos a ver quién llega primero.

Marco: ¡Oh, hijue...!

Marco se dirige enérgicamente hacia Javier, Carlitos se interpone.

Carlitos: ¡No, no! Yo voy y se la traigo.

Javier: Carlitos, usted no tiene que...

Marco: Yo no puedo llegar sin esa bola, no es mía. No me importa quién la traiga.

Javier: Nadie le va a traer la bola.

Carlitos: Siempre es lo mismo, estoy harto, yo voy y traigo la bendita bola.

Coco: Yo voy con usted.

Marco: No. Usted se queda aquí.

Coco: Pero...

Marco: Dije que no.

Coco: Yo hago lo que...

Marco: ¡¡No!!

Javier mira a Coco. Coco deja de insistir.

Carlitos: Tranqui, yo voy rápido.

Coco: Yo después...

Javier: Shhh!! Ya. O aquí Tarzán se lo va a sonar.

Marco: No me busque porque me encuentra.

Carlitos muy indeciso se dirige al cafetal. Coco mira fijamente hacia el cerco.

Marco: Ve, por jugar de hombrecito, terminó ese carajillo metido en un cerco.

Javier: Sí, es que me equivoqué, la próxima vez lo tiro a usted. No creo que nadie se interese en ir a traerlo.

Marco: Será porque no necesito que nadie me limpie el culo como a usted.

Coco: ¡Ya! Dejen de pelear aunque sea por un minuto.

Largo silencio.

Javier: Mañana va a haber serenata en el Barrio Las Brisas, Coco. Por si quiere ir, yo voy a ir.

Coco: Yo a esa hora ya estoy durmiendo. A Marco es al que le gustan esas cosas, talvez él sí pueda ir.

Marco guarda silencio.

Coco: ¿Y a quién van a serenatar?

Javier: A una chiquilla de apellido Montoya, que parece que ahora sí se va a casar.

Marco: No se va a casar. Eso es puro cuento.

Javier: ¿Y usted cómo sabe?

Marco: Porque yo conozco al novio. Y ella no se quiere casar.

Javier: Bueno, yo la conozco a ella y ella me dijo que...

Se escucha un grito ahogado.

Javier: ¿Qué fue eso?

Coco: Es Carlitos.

Los tres corren y se internan en el cafetal.

0.3

Realmente no lo pienso. Es como si sólo se me cruzara por la cabeza cada vez que... Bulla. Incansable bulla. No lo pido. Sólo aparece. Busco una manera de... una forma... algo... no. Busco a quien reclamarle. Alguien a quien traspasarle el pecho. Que se deshaga. Morder. Morderlo. Que desaparezca entre mis dientes. Ahora garras. Un tigre. Que la sangre se vuelva azul. Que gotee sólo de mí y sus despojos. Diminutas miles de venas que se mueven. Así, así. Soy del pensamiento de que todo lo ocurre es porque alguien lo acciona. Busco a ese alguien. Ese alguien que no puedo ser yo y que sé que existe. Se pasea por las aceras moviendo sus brazos con elegancia. Ignorando la tierra en sus uñas. Mira a la gente con un poco de prepotencia disimulada. La saluda con un pequeño gesto de la cabeza y sonríe con el tiempo de quien no tiene nada más que hacer que sentir el viento en una tarde fresca, con los ojos incluso llenos de un pequeño brillo. Se acomoda el cuello de la camisa de vez en cuando. Se mira en sus zapatos y luego con la excusa de buscar su reloj mete su mano en el bolsillo. Cuando nadie lo ve roza levemente sus genitales para saber si simplemente están ahí. Luego mira la hora detenidamente y continúa su paseo, con pasos lentos, sobre la acera caliente del sol de verano, del cual cubre su cara con algún ridículo sombrero. Quiero sacarle la piel con mis dedos. Atravesarlo con la palma de mi mano. Todo, por dentro. Sentir que le exprimo el alma. Carne molida. Carne molida. Carne molida. Hasta que pueda devolver los segundos. Los minutos. Las horas. Los días. Los meses. El aire. No es posible. Cierto. Pienso. No es fácil ser el culpable o no serlo y creer que se es culpable sin querer, sin saber. Culpable de tener manos, instinto. De querer y fallar. ¡Fallar! Culpable de existir en determinado momento. De no tener superpoderes. Culpable de seguir robando aire.

Lllaman a Carlitos. No lo encuentran.

Javier: ¡Carlitos! ¡¿Dónde está?!

Marco: Qué vara más rara. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

Javier: ¡Carlitos!

Marco: Ya, deje de gritar. Ni que fuera sordo. Si estuviera cerca ya lo hubiera escuchado.

Coco: Entonces no está cerca.

Marco: No. Pero es rarísimo. Digo, la bola no cayó tan lejos. Pero el grito se oía lejos. Desde que entró al cerco y gritó no pasaron ni cinco minutos. Es imposible que esté muy largo.

Javier: Entonces de fijo algo le pasó.

Marco: Lo que le pasó es que salió corriendo.

Coco: ¿Corriendo para dónde?

Marco: Diay, no sé. Seguro vio una culebra, se asustó y se espantó corriendo para el bajo.

Javier: ¿Una culebra? ¿Aquí?

Marco: Una culebra u otra cosa.

Coco: ¡Hey, aquí está la bola!

Marco: Ven lo que les digo. Hasta se le olvidó a qué venía.

Javier: No creo que haya sido un simple susto. Nadie desaparece así de la nada. Lo más lógico es que nos fuera a buscar.

Marco: Talvez Carlitos no sabe nada de lógica.

Coco: ¿O talvez se lo llevaron los duendes?

Marco: Coco... ese chiste está muy quemado, mejor piense en algo más inteligente que nos ayude con esta vara. Este cerco es muy grande, vamos a durar demasiado recorriéndolo todo.

Coco: Además ya está oscureciendo.

Javier: ¿Y qué? ¿Piensan que me voy a ir así nada más? Y cuando me pregunten: “¿Y donde está Carlitos?”, yo les digo: “Ah, sí, es cierto, está allá perdido en un cerco, pero tranquilos, sólo gritó, a alguna hora aparece”.

Marco: Mejor podría empezar por explicarles por qué Carlitos tuvo que meterse al cerco.

Javier: A usted le parece muy gracioso, ¿verdad? Con sus teorías de culebras y sustos.

Marco: No, al que le pareció gracioso tirar la bola fue a usted.

Javier: Marco, ubíquese. Carlitos gritó y desapareció, no es momento para estar jodiendo la vida.

Marco: Bueno, yo sólo sé que no sé qué vamos a hacer.

Javier: Hay que pedir ayuda.

Marco: ¡Está loco! Yo no me puedo meter en más problemas.

Javier: ¿Por qué?

Marco: Porque no, y ya.

Javier: Pero esto no tiene nada de malo.

Marco: ¡Sí, claro...! De alguna forma todo va a darse vuelta y yo voy quedar como el que se jaló la torta. Mi tío me va pegar hasta sacarme la sangre y después me va a amarrar en el patio hasta las dos de la mañana. Y hoy tengo ganas de dormir bien, así que no me la voy a jugar.

Javier: ¿Su tío le hace qué?

Coco: Sí, siempre.

Marco: ¿De dónde cree usted que vienen todas estas cicatrices?

Javier: Yo creí que... eran... no sé... de jugar...

Marco: Ya, papito, no se exaspere. Esto no es gran cosa. Yo me aguanto como hombre. Usted seguro se pondría a llorar como niña.

Javier lo mira confuso.

Javier: Mejor me reservo mis comentarios.

Marco: Sí, le conviene.

Coco: Ya, no sigan.

Javier: Bueno, y entonces, ¿qué hacemos?

Marco: Buscar hasta que lo encontremos, total, ya llegamos tarde.

Javier: ¿Solos?

Marco: Sí. Yo tengo este cafetal diseñado en mi cabeza. Hasta tengo las matas marcadas. Nada más tengo que encontrar las marcas y ahí me ubico perfectamente.

Javier: Este cerco es inmenso.

Marco: Yo sé. Por eso le puse señas.

Javier: ¿Usted no entiende que esto es grave?

Marco: ¿Y usted no entiende que buscar es lo único que podemos hacer? Apuesto a que en menos de quince minutos lo voy a haber encontrado.

Coco: Tenemos que apurarnos, ya casi es de noche, y en la noche bajan los coyotes.

Javier: Aquí no hay coyotes.

Coco: Sí hay. Yo los he escuchado y Marco también. ¿Verdad?

Marco: Sí, pero más tarde. No creo que a esta hora...

Coco: Suenan horrible. Hacen como chiquitos llorando.

Javier: Yo nunca los he escuchado.

Marco: Aunque aparecieran, no creo que nos hagan algo, son pequeños.

Javier: No son pequeños. Y son salvajes.

Marco: Esos son los lobos. A esos sí les tengo miedo. Pero a un coyote se le da un solo garrotazo en el hocico y ya está.

Javier: No. Los coyotes andan en manada. Atacan en manada.

Marco: Los coyotes son como los perrillos que hay en la finca de Carlillos. Parecen bravos, dan miedo, pero en el fondo son unos maricones.

Javier: Estoy seguro de que no son así.

Marco: ¿Y cómo sabe si ni siquiera los ha escuchado?

Javier: Los vi en el tele.

Coco: Marco, mejor vámonos y llamamos a Eliécer, él nos ayuda y no va a decir nada.

Marco: ¡No y no! Aquí todo se sabe en segundos, esta gente vive de chismes. Le apuesto a que Don Chalo nos ve y llama a alguien.

Coco: ¿Pero y si nos salen los coyotes? No quiero que me coma un coyote. Sería una forma muy fea de morir.

Marco: Nadie se va a morir, dejé de hablar estupideces. Si nos apuramos no nos van a salir coyotes ni nada.

Javier: ¿Y qué más podría aparecer?

Marco: El Mico Malo.

Javier: ¿Qué?

Coco: ¿Qué?

Marco continua su búsqueda. Coco se acerca a Javier.

Coco: De verdad tengo miedo.

Javier: Ay, Coco, no es nada. Marco sólo está vacilando. El Mico Malo no existe.

Coco: Sí existe. Pero no es por eso que tengo miedo.

Javier: ¿Entonces?

Coco: Todo el día me he sentido raro.

Javier: Eso es normal. Esto ya casi se acaba y salimos de aquí.

Coco: Salgamos rápido, por favor. Me mejor no...

Javier: ¡Shh!! Eso depende más de Marco que de mí. Usted sabe que yo tengo las mejores intenciones.

Coco: Sí, pero talvez sea mejor dejarlo para otro...

Javier: No. Ya estamos aquí. En la mitad de todo. Sólo sigamos buscando. Sigamos como vamos.

0.4

Este lugar no me gusta. Quiero que me saque. No me gusta. No me gusta ningún lugar. Pero este menos. Es demasiado... no sé, sólo demasiado... Creo que ya es hora, ¿no? Debería serlo. ...cuadrado talvez. Me encandila, ¿sabe? Cuatro espejos dándome en la frente, recordándome todo constantemente. Un choque de imágenes que quiero olvidar. No son hojas en blanco. Son rostros. Casi siempre su rostro. Palabras. Momentos. Ideas. Las matas de café. El viento. La oscuridad. Los gritos. Mis manos. El sonido. A veces se quedan quietas. Se cubren de gusanillos horribles y después barro. Lo único que no logro es respirar. Logro entenderlo. Creerlo. Me resigno. Pienso. Sufro. Me calmo. Me detengo. Pero sigo sin respirar. No está. Ya lo sé. Quiero que me laven el cerebro. Creo que sería la única manera. Que todo fuera blanco. Que despertara en pañales de nuevo. Ya es hora. Necesito algo más que estas malditas paredes. Necesito algo que me golpee la cabeza tan fuerte que cuando vuelva la luz sea otra persona, en otra vida, en otro cuerpo, en otro lugar. Con una cama y comida mínimas. Algo simple. Lo que sea que no sea este yo. Hay tanta gente así. Pueden ponerme en cualquiera de esas miles de personas. Sólo quiero poder descubrirme la cara. Pero aquí es imposible. Aquí sólo hay una desgraciada realidad que no me interesa conocer porque me la sé de memoria. Afuera puedo encontrar ese algo que me va a golpear. No puede ser tan difícil. El mundo está lleno de eso. Carros. Trenes. Bombas. Aviones. Motos. Buses. Puentes. Armas. Gases. Cuerdas. Cuchillos. Insectos. Balas. Son desperdiciados constantemente. Necesito uno, cualquiera. Cada día el cuarto cambia de tamaño. A veces me aprieta y otras veces me parece inmensamente vacío. Nunca supe realmente lo que es el vacío. Pensaba que lo sentía, pero siempre estuve lleno. El silencio. No puedo describir lo que siento. No hay palabras. Pero creo que estoy listo para salir.

Los tres niños están cansados y un poco desorientados.

Coco: Y Susana dice que en el gallinero que está detrás de su casa, en la noche sonaban las latas y las gallinas se alborotaban. La mamá les decía que se quedaran calladas porque podía ser un coyote. Y en la mañana, cuando iban al gallinero, siempre había un despelote. A veces hasta desaparecían gallinas.

Javier: ¿Y cómo saben que era un coyote y no alguien que se robaba las gallinas?

Coco: Espérese. El papá de Susana un día se levantó y se fue muy callado para el gallinero... Después de un rato volvió blanco blanco y les contó que era El Mico Malo.

Javier: ¡El lo vió!

Coco: Sí, claro. Susana dice que hasta escucharon como le echaba unos conjuros para que se fuera.

Javier: Ajá...

Coco: De verdad. Qué señor más valiente.

Marco: Eso no era El Mico Malo, si no lo hubiera atacado. Y podemos ya dejar el tema. Parece que quisieran llamarlo.

Marco se detiene, pensativo, extrañado.

Coco: ¿Qué pasa?

Javier: No sé, que nos diga Marco, él optó por ser el guía.

Marco: Algo está raro. Mis marcas no están. Es como si alguien las hubiera arrancado.

Javier: ¿O sea que nos perdimos?

Coco: ¿Nos perdimos?

Marco: Yo no he dicho eso.

Silencio. Ambos miran a Marco.

Marco: Okey, estamos mínimamente perdidos.

Javier: ¡Lo sabía!

Marco: Sólo necesito un toque para ubicarme.

Coco: ¿Qué es eso?

Los tres se acercan a un montículo en el suelo.

Javier: Es de Carlitos.

Se miran. Silencio. Se escucha un ruido. Los niños tratan de percibir su origen. No lo logran. Silencio total.

Coco: Marco... Marco...

Marco: ¡Shhh!

Coco: Tengo miedo.

Marco: El miedo no nos sirve de nada.

Coco: Yo sé, pero igual tengo miedo. Siento que nos van a asustar.

Marco: Coco, es sólo un cerco, usted lo conoce. Pero la oscuridad nos está jugando una broma, una fea broma. En cuanto nos concentremos vamos a poder ubicarnos, vamos a salir, vamos a encontrar a Carlitos y mañana nos vamos a reír de esto mientras sufrimos el castigo por no llegar a comer.

Javier: Es sólo una broma, una maldita broma. Ríase. Ríase de la oscuridad.

Coco: Una broma...

Marco empieza a reírse. Javier también. Coco se deja llevar por las carcajadas. Se ríen fuerte, muy fuerte. Una risa más se les une. Dejan de reírse. Alguien continúa riendo, pero no lo ven. No saben de dónde proviene la risa.

Marco: ¡¿Quién está ahí?!

Silencio.

Marco: ¡Responda!

Silencio.

Marco: ¡Me cago en su madre, hijueputa!

Silencio.

Javier: No creo que fuera el comentario más apropiado en este momento.

Marco: Yo tampoco... pero algo había que decir.

Silencio.

Marco: Okey. Vamos a empezar a caminar en una misma dirección y a alguna hora deberíamos salir. La vara es salir, no importa por donde.

Javier: ¿Y Carlitos?

Coco mira a Marco, éste guarda silencio un momento.

Marco: Tal vez ya salió y por eso no lo encontramos. Cuando estemos afuera lo vamos a saber.

Javier: ¿Y si no ha salido?

Marco: Volvemos a....

Javier: ¿Y si está perdido igual que nosotros?

Marco: ... de afuera nos ubicamos mejor.

Javier: ¿Y si está herido y no puede salir? ¿Por qué gritó?

Marco: ¡No sé, no sé! Sólo estoy proponiendo una idea.

Javier: Pues su idea no es buena, es perversa.

Marco: ¿Perversa? ¿Perversa? Usted ni sabe que significa esa palabra. ¡Por favor! Soy el único que está pensando en cómo salir de aquí y ahora soy perverso.

Javier: Sólo piensa en usted, por eso es perverso. Los demás no le importan.

Marco: Eso no es ser perverso, idiota. Y le recuerdo que estamos aquí porque vinimos a buscar a su amiguito. Si sólo pensara en mí, estaría en mi casa hace horas. Sin mencionar que todo se originó por su grandísima estúpida idea de tirar la bola.

Coco: Hey...

Javier: Si usted fuera un poquito más humilde nada de esto hubiera pasado. Hubiéramos jugado en paz.

Marco: ¡No vamos a jugar en paz nunca! Entiéndalo. ¡Nunca! Usted no me cae bien. ¡No lo soporto!

Javier: ¿Y por qué no fue más hombrecito y me lo dijo desde siempre?

Marco: Se lo he dicho mil veces, pero usted no entiende. Siempre vuelve como si nada hubiera pasado. ¿Para qué raja con que viene de un colegio grande si ni siquiera puede captar la mínima comunicación humana?

Javier: No me hable de comunicación humana, que usted no sabe nada de eso.

Marco: El que no sabe es usted y ese otro hijueputa carajillo idiota. Ustedes son los imbéciles, no nosotros.

Coco: Creo que vi a alguien...

Javier: ¿Sabe qué? Me arrepiento mil veces de haber sabido de su existencia, de haber pensado en usted como un amigo, de creer que...

Marco: ¿Qué?

Javier se mantiene en silencio.

Marco: ¡Responda! ¿Qué?

Javier: Nada. Sólo quisiera no estar aquí con usted.

Coco: ¡Hey! De verdad creo que hay alguien ahí.

Marco: Yo también desearía no estar aquí con usted ni con nadie. Son una carga, si estuviera solo hubiera salido hace rato.

Coco: Alguien viene, se está acercando.

Javier: Entonces lárguese solo. A mí no me importa quedarme con Coco para buscar a Carlitos. Pero después no venga a buscarnos corriendo porque tiene miedo.

Marco: ¡Ja! ¿Miedo? ¿Yo? Voy a tratar de ignorar su comentario imbécil. Vea, en este momento lo único que podemos hacer es salir nosotros y luego ver si encontramos a Carlitos. Si no salimos ya, no vamos a salir nunca. No me importa pedir ayuda.

Javier: Prefiero no salir a salir con uno menos.

Marco: ¿Usted es imbécil o se hace? Obviamente quiero que salgamos todos, pero primero hay que... ¡Ay, ya! ¡Me harté! Nunca me va a entender. Me voy solo.

Marco empieza a alejarse muy rápido.

Marco: ¡Vamos, Coco! Vámonos.

Marco se detiene. Se gira.

Marco: ¿Coco?

Javier mira a su alrededor. Marco y Javier se miran. Silencio.

Marco: ¡¡¡Coco!!!

Marco corre hacia Javier, lo toma de la camisa fuertemente. Está a punto de golpearlo.

Marco: ¡¿Dónde está?! ¡¿Qué se hizo?!

Javier: ¡No sé! Estaba aquí con nosotros.

Marco: ¡¿Dónde está?! ¿Por qué no me dijo que no estaba?

Javier: ¡Suélteme! Yo pensé que estaba. No me di cuenta cuando desapareció.

Marco lo suelta. Busca en los alrededores desesperadamente.

Marco: ¡Coco...! ¡Coquito...! ¿Dónde está...? Vuelva... era mentira lo que dije, no es una carga para mí... no era cierto... ¡Coco!

Marco cae exhausto. Javier guarda silencio. Se acerca.

Javier: Apuesto a que ahora no piensa en salir solo.

Marco se vuelve violentamente y tira a Javier al suelo.

Marco: No vuelva a... esto no hubiera... ¡Mierda!

Silencio.

Marco: Ahora vamos a hacer las cosas como yo diga.

Javier: Yo no paso peleando todos los días como usted, pero también me sé defender. No me vuelva a poner un dedo encima o lo va a lamentar.

Silencio. Transcurre un largo momento. Ninguno de los dos se mueve. El frío sale de sus bocas.

Marco: Hay que moverse. Cada vez es más tarde. Vamos a buscar.

Javier se pone de pie.

Javier: Por aquí.

Marco: ¡No! ¡Por aquí!

Marco empieza a caminar. Javier lo sigue.

0.5

Era un buen sol. Música. Las piedras secas en la calle. El ruido de las casas. La ropa tendida. Olor a cebolla ardiendo. Los chismes. El señor de las verduras. El polvo ensuciándolo todo. Un chicle. Las bicicletas. ¡Ah! Corrí con el sol en la cara y el viento en mi camiseta. Una pausa. Sin saber por qué, me detengo. Miro al lado. Algo pequeñísimo trata de salir de la tierra. Me acerco. Se esconde. Permanezco inmóvil, fingiendo no estar ahí. Vuelve a salir y lo veo. Una cabeza pequeñísima. Un cabezín. Con los ojos invisibles, medio abiertos. Con arrugas por todo lado. Se arrastra en medio de la tierra seca. Parece extraviado. Y entonces recuerdo. Soñé que era una lombriz. Y trataba de subir una peñilla. Así. No tenía brazos. No tenía pies. Me movía naturalmente, como balanceando los hombros que no existían. Estaba feliz, pero había mucho barro. Me costaba. Miro hacia arriba y estoy en una gran montaña. Muy, muy arriba, podía ver hojas, y más, más arriba, árboles. Pero desde donde estaba imaginaba que era imposible alcanzarlos. De repente los sentí muy cerca. Entonces descubro que no estoy solo. Miro atrás y tengo un amigo lombriz. Me sigue. Pero no llega a donde estoy. Le cuesta subir más que a mí. Yo me detengo para mirarlo. Volteo la cabeza, el cabezín, tratando de mantener mi cuerpo firme para no caer. Espero. Desde donde estoy puedo mirar la forma del barro. Es circular. Como una espiral. Y más abajo hay algo gris que se mezcla con el barro. Mi amigo sigue tratando de subir. Así. De repente algo empieza a moverse. Es grande, amarillo. Lo llamo. Me mira asustado. Me mira como si yo pudiera ayudarlo. Estoy lejos. Trata. Decido volver para ayudarlo y una gran bola de barro lo aplasta. No tuve tiempo. Todo se acabó en un segundo. Mirada. Ojos. Brillo. Todo se apagó. Así. Nada más. Yo me apagué también. Hay tantas cosas que se desean hacer en un momento así. No se me ocurrió ninguna. Sin tiempo de más. Como cuando miré atrás en el sueño. Saltó a donde yo no podía llegar. No me gusta ese sueño. No quiero recordarlo más.

5

Marco y Javier.

Javier: Yo pienso en los dos.

Marco: ¿Qué?

Javier: Yo pienso en los dos niños. Usted sólo piensa en uno.

Marco: Yo pienso en los cuatro, desde el inicio pensé en los cuatro.

Javier: Yo no necesito que nadie me cuide.

Marco: No trato de cuidarlo. Sólo pienso, no es lo mismo.

Javier: ¿Ve? A eso me refería. Qué dicha que lo acepta.

Marco: ¿Tiene algún sentido esta conversación?

Javier: Tiene el sentido que cada quien le quiera dar.

Marco: Pues para mí no tiene ninguno, así que se acabó.

Javier: Marco, ¿por qué no tratamos de...?

Marco: ¡Ya, no chille!

Javier: Marco, usted no puede estar enojado conmigo toda la vida. Menos en una situación como esta. ¿Usted no tiene corazón?

Marco: No.

Javier: ¿No?

Marco: Obvio que tengo, pero también tengo memoria y sentido común. Eso es más importante.

Javier: Usted es como una piedra. No es bueno tener resentimientos metidos y...

Marco *deja salir una gran carcajada.*

Marco: ¿Y usted quién se cree para saber qué es bueno y qué es malo?

Javier: No soy nadie, pero sé qué es bueno y qué es...

Marco: Eso prueba lo imbécil que es. Este mundo tiene suficientes contradicciones como para que nadie, repito, nadie, pueda decir qué está bien y qué no.

Javier: Yo sé que no está bien que usted me odie.

Marco: Apuesto a que el padre panzón le dijo eso y usted se lo tragó. Qué idiota que es. Por eso yo no voy a misa, porque todo lo que dice ese gritón es mentira. Lo que trata de hacer es asustar y lavarle la cabeza a la gente para que se la pasen rezando.

Javier: Yo no voy a misa.

Marco: No. Pero se la pasa metido en la casa cural... haciéndole favorcitos al Padre, ¿verdad?

Javier guarda silencio.

Marco: ¿Ve? Yo sí sé guardar un secreto.

Javier: ¿Por qué me trata así?

Marco: Usted sabe por qué.

Javier: Pero Marco, ¿cuántas veces tengo que decirle que no fui yo?

Marco: Yo sé que fue usted, sólo usted y yo sabíamos. Y yo no hablé.

Javier: Yo tampoco. Si estábamos los dos en el mismo problema, ¿por qué me iba a echar al agua solo?

Marco: Porque el que tiro la chinga al montazal fui yo, no usted. Usted sólo estaba ahí.

Javier: Exacto. Yo vi como tiró la chinga, vi el humillo que salió y no hice nada. A mí tampoco se me ocurrió que podía hacerse un incendio de ese tamaño. Tuve igual culpa que usted.

Marco: ¡Sí! Pero sólo yo pagué las consecuencias. Y ya no me diga ni mierda. Nada va a cambiar las cosas.

Quedan en silencio un momento.

Javier: Lo siento. En verdad. Aunque no fui yo el que hablé, lo siento.

Marco: Eso tampoco cambia las cosas. Yo ya tenía suficientes problemas. Y ese ni siquiera lo busqué, fue un accidente.

Javier: Yo sé que fue un accidente, no pensé que fueran a hacer tanto despelote.

Marco: Mi mamá lloró como tres días seguidos. Mi tío casi me mata. No sé ni de donde sacaron la plata para pagar la fianza. Estuve así, así de ir a parar a la correccional. Y ahora tengo que trabajar como un caballo, y todo lo que gano se lo pagan directamente a mi tío.

Javier: Si quiere yo le puedo ayudar con el trabajo.

Marco: No me molesta trabajar, lo que me molesta es que no recibo nada de lo que gano. Todas las tardes que antes pasaba en el río o jugando bola, ahora las paso cuidando a esas estúpidas vacas, o recogiendo leña, o boñigas o cuanta cosa se le ocurra a Don Eladio. Y no gano ni un peso. ¿Y todo por qué? Porque usted abrió la boca.

Javier: ¡Yo no fui! Alguien tuvo que habernos visto.

Marco con un rápido gesto tapa la boca de Javier. Ambos adolescentes quedan completamente inmóviles.

Marco: Ahí están.

Javier: ¿Dónde? ¿Cómo llegamos aquí?

Marco: Yo no andaba tan perdido.

Guardan silencio.

Javier: Están amarrados, alejémonos un poco para pensar bien qué hacer y después volvemos.

Marco: No.

Javier: ¿Por qué?

Marco: Sólo están ellos.

Javier: ¿Y?

Marco: ¿No entiende? Hay que aprovechar, él debe estar cerca.

Javier: ¿Quién?

Marco: El que los amarró.

Javier: Ah, claro... Por lo mismo, mejor alejémonos un toque para medir mejor la jugada.

Marco: ¿Cómo se le ocurre? Este no es momento para perderlos de vista.

Javier: No los vamos a perder de vista, sabemos que están ahí. Están amarrados. No van a ir a ningún lado.

Marco está agitado. Confundido. Trata de respirar.

Marco: ¡No! La cosa es complicada. Si alguien logró amarrarlos a los dos, es porque no es un carajillo como nosotros. Algo tiene planeado y en un descuido puede hacer cualquier estupidez.

Javier: ¿O sea que es peligroso?

Marco: ¿Usted no ve noticias? ¿No lee libros? El mundo está lleno de psicópatas.

Javier: No creo que haya un psicópata aquí. Este es un pueblo muy pequeño.

Marco: Obvio. Esos son los lugares que más les gustan.

Javier trata de encontrar las palabras correctas.

Marco: Sólo tenemos una opción. Atacar.

Javier: ¿Qué? ¿Cree que estamos en una película de acción?

Marco: Estoy hablando muy en serio.

Javier: Okey, pero tranquilo, mae. Venga, planeemos el ataque con calma.

Marco: ¿Cuál calma? ¿Cuál plan? No hay tiempo.

Javier: Sí hay.

Marco: ¡No! Vea, se están moviendo.

Javier toma a Marco del brazo.

Javier: Vamos, pensemos bien las cosas allá detrás de ese tronco...

Marco: Se están soltando, es el momento para ayudarlos...

Javier: ¡No, todavía no!

Marco: ¡Vamos!

Marco saca una pistola de su canguro.

Javier: ¿Qué es eso? ¿Está loco? ¿De donde la sacó?

Marco: Eso no importa ahora. A la cuenta de tres saltamos. Si el mae aparece yo lo amenazo, usted agarra a Coco y a Carlitos y corremos.

Javier: ¡Marco, guarde eso! Dígame, ¿de dónde la sacó?

Marco: Es de mi tío. La encontré en un baúl.

Javier: ¡Marco! Usted no sabe...

Marco: Ya sé usarla, he estado practicando con pájaros. Pero ahora la voy a usar para algo bueno.

Javier: ¡No! Guárdela. Tengo que explicarle algo.

Marco: No hay tiempo para explicaciones. Es ahora o nunca.

Javier: ¡Espérese!

Marco: Uno, dos...

Javier: ¡Marco! ¡No...!

Marco: Tres.

Marco salta.

Javier: ¡Es sólo un juego!

Silencio.

0.6

He dejado de esperar. Sé que suena tonto, pero soñaba con pasos acercándose. Soñaba dormido y despierto. Con un día en el que simplemente de la nada apareciera. Venía como si nada hubiera pasado. Con una sonrisa pegada. Con brillo en sus ojos. De improvisto. Venía con su bulto de los Power Rangers colgando en la espalda y sus pequeñas manos sosteniendo las tiras que caen y quedan sueltas. Así. Sus zapatos rotos y agrietados, llenos de polvo al igual que su ropa. Parece que viene de una agotadora mejenga. Se corre el pelo de la cara mojada por el sudor. Un sudor limpio, de niño, de esos que no huelen mal. Y saca de sus bolsillos unas piedras que ha encontrado y que le parecen lindas. Luego me pasa como en las historias de la tele en las que uno despierta y todo era un sueño. Y quiero correr sin parar. Gastarme en el viento. ¿Pero a dónde? Si todo está lleno de su imagen. Aunque pudiera no lograría avanzar sin caer. Me atormenta. Entonces golpeo. Con toda la energía que tengo. Como si las paredes me pudieran ayudar. El dolor. Me calmo. Dolor para superar el dolor. El ardor en la piel. El zitzizit en los huesos. La contracción de los músculos. El corazón que se acelera. El dolor de cabeza. La presión en los ojos. Logran nublar por un momento el todo y la nada. Pasan los cortos segundos. Entonces lo escucho. Se enoja conmigo. Está triste. Puedo sentirlo. Es sólo un niño, casi como yo. No debería estar triste. No debería preocuparse por mí. Es mi culpa. Trato de disculparme, de que no piense, de que entienda que... Hasta que me doy cuenta de que mis palabras se pierden y se quedan en este mundo. Hoy sentí más que nunca esa sensación y comprendí sin querer que todo lo que se tiene en algún momento se llega a perder. A algunos nos toca antes de lo deseado o de lo esperado, y se supone que debemos ser más fuertes, discernir con mayor claridad. Se supone que somos los que hemos vivido más que los demás. Que debemos entender que a todos tarde o temprano nos llega. Y que sólo debemos verlo como una oportunidad para crecer y ser más fuertes. Para algunas personas, muchas veces, todo lo que se supone no funciona. Sin embargo, creo que ahora he dejado de esperar. Sé que no vendrá.

6

Coco y Carlitos. Amarrados a un árbol. Esperan.

Coco: No se oye nada.

Carlitos: No.

Coco: Tal vez se perdieron de verdad.

Carlitos: Imposible. Repasamos muchas veces el camino con Javier.

Silencio.

Coco: Me duele la espalda.

Carlitos: A mí el trasero.

Silencio.

Coco: Hace frío.

Carlitos: Es por la neblina, está húmeda.

Coco: Nos vamos a enfermar aquí.

Carlitos: Tanto así no.

Silencio.

Coco: Carlitos.

Carlitos: ¿Ah?

Coco: Yo creo que ya fue suficiente.

Carlitos: ¿Cómo?

Coco: Es que... realmente... ya está muy de noche.

Carlitos: No invente, si acaso son las siete.

Coco: No me he sentido bien, he tenido un hueco en el estómago todo el día, y ha sido por esto. Algo está mal.

Carlitos: Coco, no tenga miedo. Y no diga esas cosas, me va a meter miedo a mí también.

Coco: Es la verdad. Esto no fue una buena idea. Vámonos ya.

Carlitos: Ya es tarde para echarse para atrás.

Coco: Después le explicamos a Javier.

Carlitos: Se va a enojar. El ni siquiera quería, nosotros le rogamos.

Coco: Fue un error. Marco es mi amigo.

Carlitos: Por lo mismo. Hay cosas que él todavía no entiende. El sigue pensando que Javier fue el que lo delató, y sabemos que no es así. Necesitamos que deje de ser tan terco, que deje de estar bravo con Javier y que lo perdone a usted.

Coco: ¡Ni siquiera sabemos qué están hablando, talvez hasta están peleándose más!

Carlitos: Cuando lleguen aquí las cosas van a salir bien. Va a ver como nuestro plan va a funcionar.

Coco: No me va a perdonar.

Carlitos: Claro que sí. Cuando nos rescaten Marco va a estar tan emocionado que no le va a dar importancia a su confesión. Así funcionan las personas, cuando estamos frente a la posibilidad de realmente perder a alguien a quien queremos, las más grandes traiciones o errores se vuelven pequeños e insignificantes.

Coco: ¡No! ¡Estoy seguro de que las cosas van a salir mal! Lo voy a esperar y le voy a decir toda la verdad. Le voy a decir como se me escapó de la boca lo del incendio y cómo planeamos todo este engaño. Y si por eso va a dejar de ser mi amigo, lo voy a asumir como... como un hombre.

Carlitos: Coco, es sólo es un juego bien intencionado.

Coco empieza a desatarse. Cerca de ellos, en lo alto se distinguen dos figuras que se mueven.

Marco salta.

Javier: ¡Es sólo un juego! ¡Es mentira, todo es mentira!

Un disparo.

Marco gira su cabeza rápidamente hacia Javier, luego hacia su mano y luego hacia el frente.

Un momento de silencio en la nada.

El destello de fuego ha atravesado el pequeño cuerpo de Coco y lo ha hecho caer...

Silencio eterno.

Y una lágrima.

0.7

No me he podido levantar. Tengo la tierra incrustada en la piel. El olor en el aliento. Las manos solas. Está conmigo. Todo alrededor cayendo. No desaparece nunca. Es como si el tiempo se hubiera atascado. Como si se hubiera congelado el aire. Como si las lágrimas nunca fueran a caer. No pude correr. Clavado al suelo. Atascado en un ahogo que no termina, pero que me roba el alma. ¿Tocarlo? No. Es mejor pensar que sólo desapareció. Como cuando la gente se va y no regresa. No quiero pensar que un abrazo me lo va a devolver. No quiero tener la sensación pegada en la piel. No quiero saber como se siente la sangre sin vida. No quiero ver su rostro, sus ojos vacíos. No quiero. Quisiera cargarlo pero sin sentirlo. Sólo llevármelo o irme con él. Cierro mis ojos. ¡Ah! No. Sigo sin poder respirar. ¿Dónde está la vida que pude tener? ¿Dónde está la vida que él pudo tener? Un estúpido juego nos la ha robado. Mi mano sostenía un dragón de fuego. Yo no quería. No a él. Se me escapó. Sólo salté y al caer voló lejos de mí. Tan rápido. Ni siquiera me di cuenta. Lo vi caer y entendí... ¿De qué sirve mi nombre ahora? Quien soy no quiero ser. No puedo serlo. ¿De qué sirven el tiempo y el espacio? ¿De qué sirven? Si todas las mañanas han perdido su color. Si todas las mañanas me recuerdan que no está. Si todas las mañanas espero algo... algo que sé que no llegará.